

# El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia



Subscripción.—En la Península: Un mes, 1 pia.—En el Extranjero: Tres meses, 7'50 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.

Redacción, Mayor, 24.—Teléfono 143.—Administración, Plaza San Agustín, 7.—Teléfono 237.

Condiciones.—El pago será adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales: París, Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. John F. Jones, 31 Faubourg Montmartre.—New-York, Mr. George B. Fisher, 21-Park Row.—Berlín, Rudolf Mosse, Jerusalemstrasse, 48 49.—La correspondencia al Administrador.

## LA VIDA

Los pueblos tienen alma. Grandes ó pequeños, ricos ó pobres, tienen sus virtudes y tienen sus vicios. Los vicios son siempre los mismos y, como si nacieran de un solo origen, corren por el mundo, expansionándose en el medio que encuentran más favorable, sin diferenciarse, en otra cosa, que en la graciosa máscara con que suele disfrazarlos, la civilización y la cultura.

Mejor es estudiar un pueblo por sus virtudes que por sus vicios; por que entre sus virtudes, quizá pueda encontrar algo que lo ennoblezca y lo distingua, algo brillante, que con sus luces borre los oscuros colores de sus vicios.

Yo he pensado contaros en tres artículos las *Virtudes Teológicas* de Cartagena. Su Fé, su Esperanza, su Caridad, ó mejor dicho, cómo crece, cómo espera, cómo ejerce la virtud sublime, y así, poco á poco, con mucho sigilo irá descubriendo el tupido velo que esconde su alma y os la mostraré, sin adulaciones, con instantáneas, no retocadas hábilmente por mi cortesía, sino tal y como fueron vistas por mis ojos pecadores...

Yo tengo un amigo, (quien no tiene amigo en el mundo). Un amigo, burgués y tranquilo, padre de hijos medianos y pequeños y con ellos vive una casita, soleada y limpia, en un barrio extramuros. Casita con jardín y flores; pobre y pequeño, pero limpio y cuidado por amorosas manos de mujer casera; corral con *gallinicas*, y palomas con palomar de tablas pintadas de un azul rabioso que destaca sus rasgos sobre el cielo.

Tiene mi amigo, una biblioteca en su despacho, donde descansan Spencer y Renan, Nietzsche y Flacmarion, Zola y Blasco, G. Idos y Balzac, Daudet, Maupesant, Benavente y Valle-Inclán, Valera y Dumas y presidiendo esta divina anarquía literaria y filosófica el busto de Cervantes, teniendo por pedestal un diccionario enciclopédico, recibiendo en su divina frente las caricias del polvo y de las moscas.

Emana la biblioteca de mi amigo un tufillo á heredia que hace persignarse á la dueña de la casa cuando, plumero en mano, sacude el polvo de estos

gloriosos y venerados nombres que mi amigo cultiva en sus horas de ocio, que no son las menos, en su vivir burgués y tranquilo.

Es mi amigo, un escéptico espantoso; no cree en nada ni en nadie; es un escéptico tranquilo que pasea sus ironías por el mundo, sin exponer sus dudas, sin discutirías, complaciéndose simplemente, de cuando en cuando, en dedicar una frase ingeniosa á los milagros *irracionales* de los Santos y alguna diatriba, ligera y graciosa, sobre los excesos religiosos de las damas.

No oye misa, no reza, ni confiesa, y para todo esto, tiene profundísimas razones que nos cuenta á sus íntimos en copiosos párrafos razonados y llenos de citas que nos hacen enmudecer de asombro.

La otra mañana el azar me llevó á una Iglesia, que todos conocéis, y en la penumbra de la entrada creí ver la figura de mi amigo, de rodillas, con la cabeza hundida entre las manos y los brazos apoyados en el respaldo de una silla. Era una hora de soledad y de silencio en el templo, y á la tenue luz que pasa por los ventanales, se adivinaban mujeres como sombras enlutadas, que, entre suspiros y rezos, cuentan sus dolores á la Virgen, desde los rincones de las capillas desiertas.

Sonó una campanilla metálica y cascada y mi amigo golpeó su pecho como si quisiera romperlo y con la vista puesta en alto, imploraba con un gesto angustioso. Yo pensé que algo muy grande, algo muy profundo turbaba el alma de mi escéptico, razonador y filósofo.

Lo esperé, salió perseguido por el gemir de las viejas mugrientas del atrio y al estrechar mi mano adiviné en mi cara una mueca de burla, que disipó diciéndome: "Tengo un nene muriéndose", y salió huyendo para ocultar sus lágrimas que de seguro no han podido enjugar las divinas teorías de sus libros.

Yo he recompuesto en mi imaginación la escena. Una sierva de tocas blancas y obscuros hábitos, vela al pie de una cuna, leyendo un libro de oraciones lleno de estampitas y de cruces.

Mi amigo lee las hojas filosóficas de un libro que todo lo niega y todo lo demuestra. Dan las tres de la mañana; la monja se levanta haciendo sonar las cuentas del rosario, cuando marcha: coje el termómetro; el niño se extiende en la cuna, el padre espera ansioso; pasan cinco minutos y á la luz de la lámpara, buscando los reflejos del cristal observó la columna sinistral: "cuarenta y décimas", dice sordamente; y entonces, parece que la columna capilar del termómetro se convierte en un embudo inmenso de mercurio, que desgrita su alma con su peso.

La monja de nuevo reza; el libro del maestro está en el suelo; los ojos de mi amigo, miran la cabecita inquieta con los rizos pegados á la frente; y su conciencia, siempre segura, siempre razonadora, empieza á turbarse, porque siente la necesidad de pedir una vida y no sabe á quien pedirla.

A su memoria acude, una expresión, la única que lleva grabada como un recuerdo de la voz de su madre: "Virgen de la Caridad, sálvalo!" y la dice tan callando, que sus palabras no llegan ni á las tocas de la monja, ni á las hojas del libro que cayó al suelo.

Esta es la fuerza que ha llevado á mi filósofo amigo á postrarse en esa Iglesia, que todos conocéis. Spencer, Renan, Nietzsche... se han quedado en casa, porque en sus páginas, no hay una sola razón que consuele tanto como ese grito que llevais en el alma, desde niños, los cartageneros: ¡sálvalo, virgen de la Caridad!

Esta es la fé de nuestro pueblo, ó mejor dicho, así es la fé de los hombres en España.

M. N. P.

## ¡Pepe, ¡a t'amo!

### PLAGIO MÍSTICO

No me mueve, Draçón, para quererte, el fagín que me tienes prometido, ni me mueve tu ingenio ¡tan temido! para dejar, baboso, de ofenderte.

Tú me mueves, Pepín; muéveme el verte por tus propios banquetes parseguido, muéveme el ver tu bloque carcomido, me mueven los espasmos de tu muerte.

Muéveme tu ficción, de tal manera, que aunque el fagín me hurtasen, te adorara, y aunque tierra no hubiese, te temiera.

No me protejas más, porque te quiera; si el turrón, que yo espero, no esperara, lo mismo que te miento, te mintiera.

Un concejal posible.

### CONFERENCIAS

#### EN LA ECONÓMICA

A cargo de nuestro querido amigo, el ilustrado Contador de Navío, D. José Barbastro, estuvo la conferencia dada en la Sociedad Económica de Amigos del País, en la tarde del sábado. Al acto asistió un numerosa y distinguida concurrencia; desde el

Excmo. Sr. Comandante General interino de este Apostadero don Emilio Quitart hasta modestas clases del Ejército y Armada; desde el eminente poeta don Salvador Rueda á los jóvenes alumnos de aquella cultísima Sociedad; todos acudieron ansiosos de oír la autorizada palabra del Sr. Barbastro, que al escoger el tema, «Cultura Naval», para su conferencia, ofrecía á Cartagena uno de los que más pueden interesar á esta población, tan in-

timamente ligada, con el progreso y desarrollo de las fuerzas Navales, y tan amante de cuanto á ellas puede referirse.

Y por si la importancia suma de ese tema no era bastante, uníase á ella, para despertar la expectación en aquel público ilustrado, la valiosa reputación adquirida en esta clase de estudios por el señor Barbastro, que á la defensa de los intereses marítimos viene dedicando en periódicos profesionales en la prensa diaria y en conferencias públicas, toda su actividad, toda la fuerza de su poderosa inteligencia, todos los entusiasmos de su alma de patriota.

La notabilísima conferencia del señor Barbastro, dejó plenamente satisfechos á los que tuvieron la suerte de escucharle y constituyó uno de los triunfos que más deben estimularle para seguir en su patriótica labor.

Como el notable trabajo de nuestro distinguido amigo, se publicará íntegro en la "Revista General de Marina" y en nuestro querido colega "El Porvenir", nos abstenemos de extractarlo, limitándonos á unir la nuestra, cariñosa y sincera, á las muchas felicitaciones recibidas por el señor Barbastro.

### NECROLOGÍA

Anoche dejó de asistir, después de penosa enfermedad, la respetable señora doña Librada Ros Abellán, viuda de D. José Iglesias Thomas y madre de nuestro muy querido amigo don Juan Iglesias.

El fallecimiento de la distinguida señora ha causado verdadero sentimiento en esta localidad, donde la familia de la finada cuenta con tantas y merecidas simpatías que se han puesto de manifiesto en el acto de la traslación de su cadáver al Cementerio de Nuestra Señora de los Remedios, que ha tenido lugar esta tarde á las cinco, con asistencia de numeroso acompañamiento.

En la presidencia del duelo, vimos al Alcalde D. Manuel Más Gilabert, al Presidente del Casino D. José Antonio Sánchez Arias, al Teniente de Navío D. Serapio Ros á don Enrique Martínez Muñoz, á don Bartolomé Spottorno, don José Moncada y don Eduardo Omos.

Descanse en paz y Dios conceda á su hijo nuestro querido amigo don Juan, toda la resignación que necesita para soportar tan irreparable pérdida.

Ayer fué conducido al cementerio de Nuestra Señora de los Remedios, el cadáver del ilustrado joven don Fermín Romero, hijo del farmacéutico de esta ciudad nuestro amigo don Eduardo Romero Germes.

Al acto del sepelio asistió un numeroso y distinguido acompañamiento que ponía bien de manifiesto las simpatías que en esta ciudad supo captarse el finado.

Descanse en paz el malogrado joven y reciba la afligida familia la expresión de nuestro sentimiento.

### DE SOCIEDAD

Se encuentra enfermo nuestro querido amigo y contertulio el Director de la sucursal del Banco de España en ésta, D. Luis Benitez.

Cariñosos amigos suyos, hacemos votos por su rápido y total restablecimiento.

—Ha salido para la capital á asuntos de la Alcaldía, el secretario de este Ayuntamiento nuestro amigo D. José Carreño.

—Ha sido pedida la mano de la bella señorita Fulgencia Sánchez Díaz, para nuestro amigo el alférez de navío D. Adolfo Contrera y Aranda.

Nuestra enhorabuena á los futuros esposos.

—A causa de una caída que dió en el barrio de Peral donde reside, se encuentra en cama el Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos nuestro respetable amigo D. Felix Martínez.

Deseamos que obtenga en breve una total mejoría.

—Procedente de Larache y en uso de licencia ha llegado á esta nuestro querido amigo el Capitán de Infantería de Marina D. Juan Diaz. Bien venido.

—En el tren correo de hoy ha salido para la Corte el general Barraquer, gobernador militar que ha sido de esta plaza.

En la estación ha sido despedido el Sr. Barraquer por las autoridades de Guerra y Marina, por el alcalde Sr. Más y numerosas comisiones de todos los cuerpos militares.

Le deseamos un feliz viaje.

muy bien parado en su manera de vestir, y un joven que vestía decentemente y que á causa de llevar en el cinto un espadín, podía tomarse por bidalgo, aunque á decir verdad no era éste un signo fijo de nobleza, sobre todo, tratándose de un hombre que viajaba.

La causa de conversar en voz baja ambos viajeros, consistía en su curiosidad por escuchar la bulliciosa plática que sostenían dos hombres que se sentaron cerca de ellos, junto á otra mesa algo mayor, en la que figuraban dos relictos vasos que parecían de plata, aunque á decir verdad eran de estaño, y un garrón de vino que por su límpido color de brillante topacio; podía tomarse por el más rico de los vinos que solían cosecharse en el ya renombrado Plan de Cartagena.

Estos dos hombres eran bien diferentes entre sí.

El más joven de los dos representaba treinta años. Su estatura, más bien que alta, podía llamarse gigantesca; era moreno su semblante y de belleza tan viril y acentuada que llamaba la atención de todo el mundo por hallarse en perfecta armonía con toda su persona, tan bellosa cuanto distinguida. Vestía el bidalgo ricamente, calzaba botas de gamuza con espuelas doradas, pendía de su cintura luenga y hermosa espada de

pero de las indias, iré á la corte á ver al rey, y entonces, por mi vida, vendrá la que decís.

El caballero sucedió su frase.

—Dice bien su merced,—continuó el hombrecillo con su sonrisa más amable,—porque cuando hoy se venden en la corte ejércitos, hábitos y oficios sin entrar en exámen de si la sangre es noble ó si hay mezcla de moros ó judíos, un caballero como vos, puede solicitar una encomienda y hasta una baronía.

—¿Qué estáis diciendo? ¡voto á bríos! quizá con un ducado no se contenta el hijo de mi padre. Si conociérais vos mi estado ya veréis si pretendo un disparate. Veinte Leguas de costa, más de cuarenta tierra adentro, unos cien mil vasallos...

—¡Ave María Purísima!—exclamó el hombrecillo santiguándose. Y diga su merced, ¿puedo saber lo que vuestra merced ha hecho para adquirir una tan pingüe bendición?

—Yo os lo diré de muy buen grado, que jamás he ocultado mis hazañas, pero antes, señor viajero, decid si os place vuestro nombre, vuestro estado y oficio, que siempre me ha gustado conocer á los hombres que yo trato; y podéis escuchar el tratamiento, que soy llano y cortés con los que son mis inferiores.

mostrando un aire de grandeza que le sentaba á maravilla.—Tan solo debo contestaros,—continuó,—que fui en mi mocedad soldado de fa. Cuarta; ya sabéis, de la guardia española; de S. M.

—Nada más añadáis.—contestóle el rechoncho menestral con el respeto más profundo.—En esa noble guardia son todos hijos de los por los cuatro costados. Os ruego me perdonéis por mi ociosa pregunta; que ociosa es por mi fé, la que pudo excusarme con solo una mirada, caballero. Lo que quise saber, y os ruego nuevamente que me perdonéis, es si sois caballero titulado.

—No, pardiez, buen viandante,—contestó el caballero con un acento desafiante,—aunque bien podría serlo por mi vida, que muchísimos títulos conozco que quisieran tener la mitad de mi renta y mi nobleza. ¡Estados tengo yo en las indias, que yo no me quejara si no grandes ducados por tan ser por su riqueza y extensión.

El rechoncho hombrecillo abrió los ojos cuando pudo y miró al caballero con asombro.

—¡Con que vos... qué! digo, vuestra excelencia señoría!

—Mi merced, por ahora,—replicó el caballero sonriendo con su aire protector y pretencioso. La ilustrada señoría y vendrá, que en despacho en Cartagena algunos asuntos, unas navas que et-